

# JORDI ESTEVA, UNA VUELTA ALREDEDOR DE LOS VIAJES DE TODA UNA VIDA

por Emma Rodríguez 2022

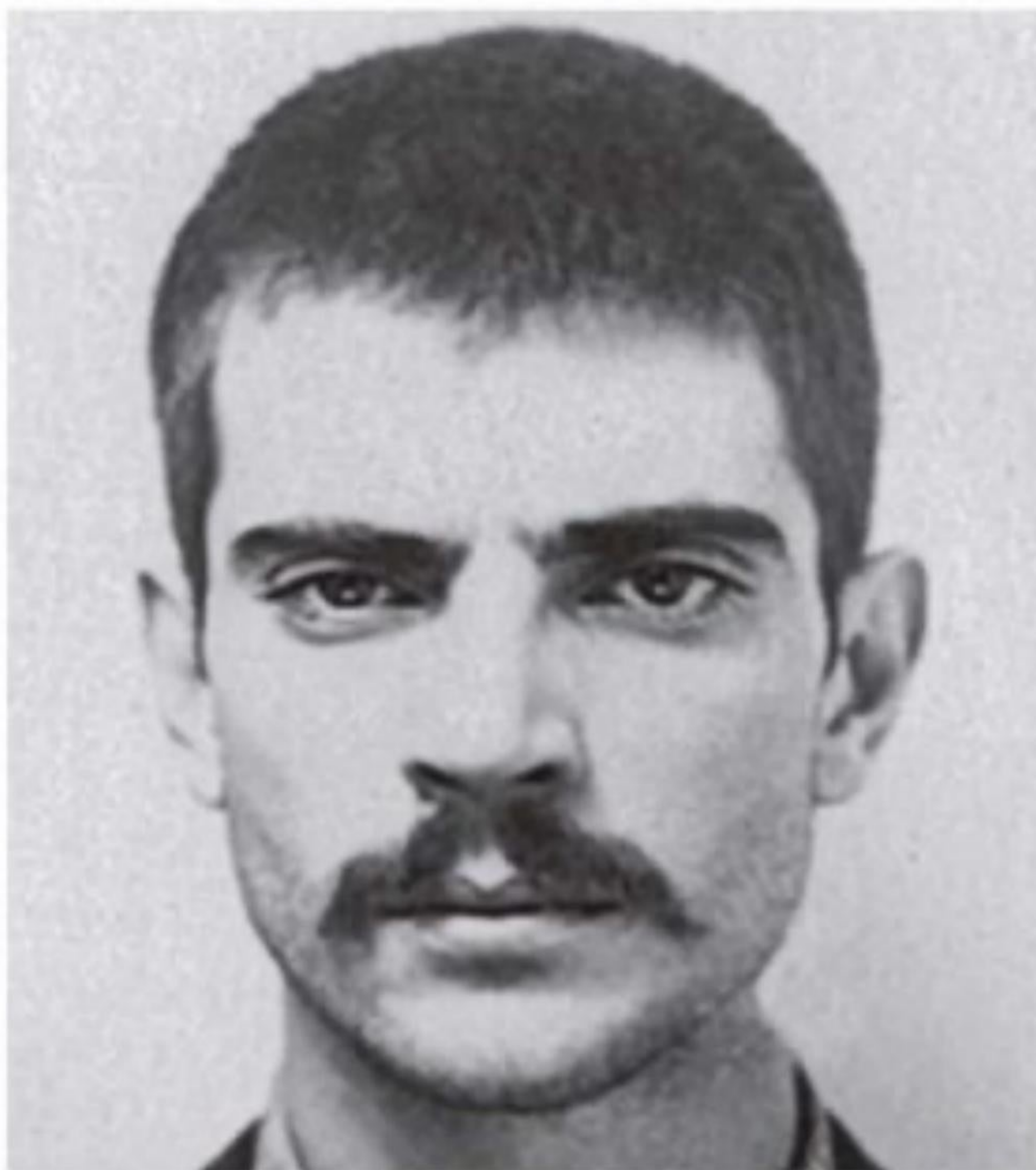


Se pregunta Jordi Esteva en un momento de *El impulso nómada*, el libro que registra sus aventuras y andares, cuáles son los motivos que pueden impulsar a “alguien a dejar, de manera voluntaria, un mundo seguro para vagar en la soledad” de parajes ajenos, extraños. “¿Descubrir otros mundos?, ¿huir del entorno?, ¿quizá de uno mismo”, se pregunta, y a continuación abre su diario y apunta: “Me había dejado llevar por un impulso y no me arrepentía” (...) “Quizá todo sea mucho más sencillo y viajar no sea sino partir en busca de los sueños de la infancia”.

He querido empezar aquí, en este fragmento, porque en él se encuentran muchas de las claves de este intenso recorrido biográfico que tengo entre las manos, una ruta existencial que atraviesa recuerdos, testimonios y geografías diversas, que partiendo del hilo de lo personal, de lo más íntimo, se enreda en los hilos de los otros, en la aproximación a culturas diferentes. Llevo tiempo siguiendo la obra de este escritor, explorador, fotógrafo y cineasta, siempre afanado por detener el tiempo y fijar conversaciones y relatos que corren peligro de desaparecer. De manera discreta ha ido levantando una obra alejada de las corrientes de moda, una obra singular, coherente, dotada de autenticidad. Me siento muy afín a sus búsquedas, a su manera de mirar, a su emocionalidad. Me cautiva la capacidad de Jordi Esteva para romper los ritmos, las prisas del presente; para conducir al lector hacia entornos que despiertan anhelos dormidos, que reviven las ganas de cultivar otros tipos de vida, de iniciar la huida, aunque solo sea a través de la imaginación, del deseo.

*Los árabes del mar, Viaje a Socotra, Viaje al país de las almas, Los oasis de Egipto...* son libros que permiten huir, sí, durante el tiempo que dura la lectura. Y no es poco. En todos ellos el autor consigue que demos portazo a las conformidades y prejuicios, que abramos las puertas a otras realidades, que dejemos de lado la actualidad con sus repeticiones, con su corto alcance. Toda persona que aprecie la oportunidad de observar desde una ventana abierta a la amplitud del mundo agradecerá adentrarse en las páginas de *El impulso nómada*, una obra que tiene todos los ingredientes de los libros de viaje más apasionantes, pero que los trasciende al maniobrar con los elementos sensibles, profundos, con los que se construye el viaje esencial, el de la vida.

Aquí radica el alcance de esta entrega en la que el escritor se destapa, indaga en lo más hondo y subterráneo de su memoria, permitiendo el acceso a su proceso de crecimiento a través de las edades, de los tiempos, de los descubrimientos y pérdidas a lo largo del camino. Huir y perderse son dos acciones muy presentes en este discurrir aventurero, introspectivo, transformador. Un discurrir que se acompaña de fotografías extraídas del álbum familiar, de paisajes y rostros de amigos, de imágenes propias que conforman la singular mirada a través del visor de nuestro protagonista.



Jordi Esteva  
**El impulso nómada**



Galaxia Gutenberg

Da la impresión de que el autor ha conseguido, a través de la escritura de este libro, reconciliarse con todas sus etapas, con las decisiones tomadas, con los rumbos emprendidos. Nacido en Barcelona en 1951, el niño que fue parece abrazar al joven inquieto y rebelde; al adulto que eligió vivir según sus deseos y que, a día de hoy, tras tantos viajes emprendidos y no pocas renunciadas, es capaz de mirar con perspectiva hacia atrás y reconocer que, pese a todo, nunca ha traicionado sus sueños. Pero empecemos por el principio, por la infancia, la infancia de quien desde muy temprano se sintió fascinado por los mapas y los relatos de Egipto que le contaba su padre. Un

niño que sufría en los entornos cerrados de la burguesía catalana y de los colegios de curas.

Os decía antes que el escritor bucea en sus recuerdos más hondos, a la manera del psicoanálisis. *“Escarbar en la memoria es un verdadero ejercicio de psicoanálisis en el que emergen sucesos sepultados en nuestro inconsciente”*, señala muy al comienzo del recorrido. Y en esa inmersión aparecen fogonazos iluminadores y creativos en los que reconocerse, pero también sombríos pasadizos, antiguas pesadillas y miedos, tramos tan dolorosos como el que corresponde al descubrimiento de la homosexualidad en la adolescencia y al dilema que le supone ocultarla o hacerla visible a los demás, en una época en la que se consideraba *“vergüenza y oprobio cuando no enfermedad o incluso delito”*.

Esteva acaba hablando con su padre, quien le recomienda seguir un tratamiento para “curarse”, algo habitual en aquellos tiempos y que se sigue defendiendo hoy en sectores reaccionarios de la sociedad. *“Dudo que mi padre supiera en qué consistía con exactitud el “tratamiento”, porque de ser así jamás lo habría permitido. El creyó que sin duda mi homosexualidad era pasajera. Una atracción por un amigo, algo que no era raro en la adolescencia tardía, que con el tiempo pasaría. Mientras, el psiquiatra podía ser de ayuda para “encauzar” mi regreso al camino natural”*, expone.

Son dolorosas las páginas en las que habla de todo esto. Hay autenticidad y hondura a la hora de narrar unas circunstancias tan traumáticas; al referirse al tratamiento al que fue sometido, a base de pastillas y fuertes barbitúricos inyectados por vena para supuestamente extraer la verdad, los orígenes profundos de la tendencia sexual. *“Durante casi un año anduve como un zombi, sin apenas leer ni poder concentrarme en los estudios”*, cuenta el autor, quien pone fin a esa fase el día en que debía someterse a una primera sesión de descargas. Este tramo de las memorias es fundamental, esencial para comprender la construcción de una identidad. A partir de ese momento se inician los tanteos alrededor de los propios deseos, la búsqueda de sentidos, la huida, el viaje hacia otros entornos, pero, sobre todo, hacia el propio centro.

Esta primera parte de las memorias resulta, además, muy interesante porque, a través de la exploración de sus propias vivencias de infancia, adolescencia

y primera juventud, Jordi Esteva traza un retrato de su familia, de las incógnitas y secretos que la definen (hay escenas muy significativas de su madre, de su abuela y otros parientes cercanos), y asimismo de la burguesía catalana, de la España franquista, una España de costumbres pacatas, donde empieza a emerger, a finales de los 60, la rebeldía de una generación que ansía sentir y vivir de otra manera, bailar a otros ritmos.

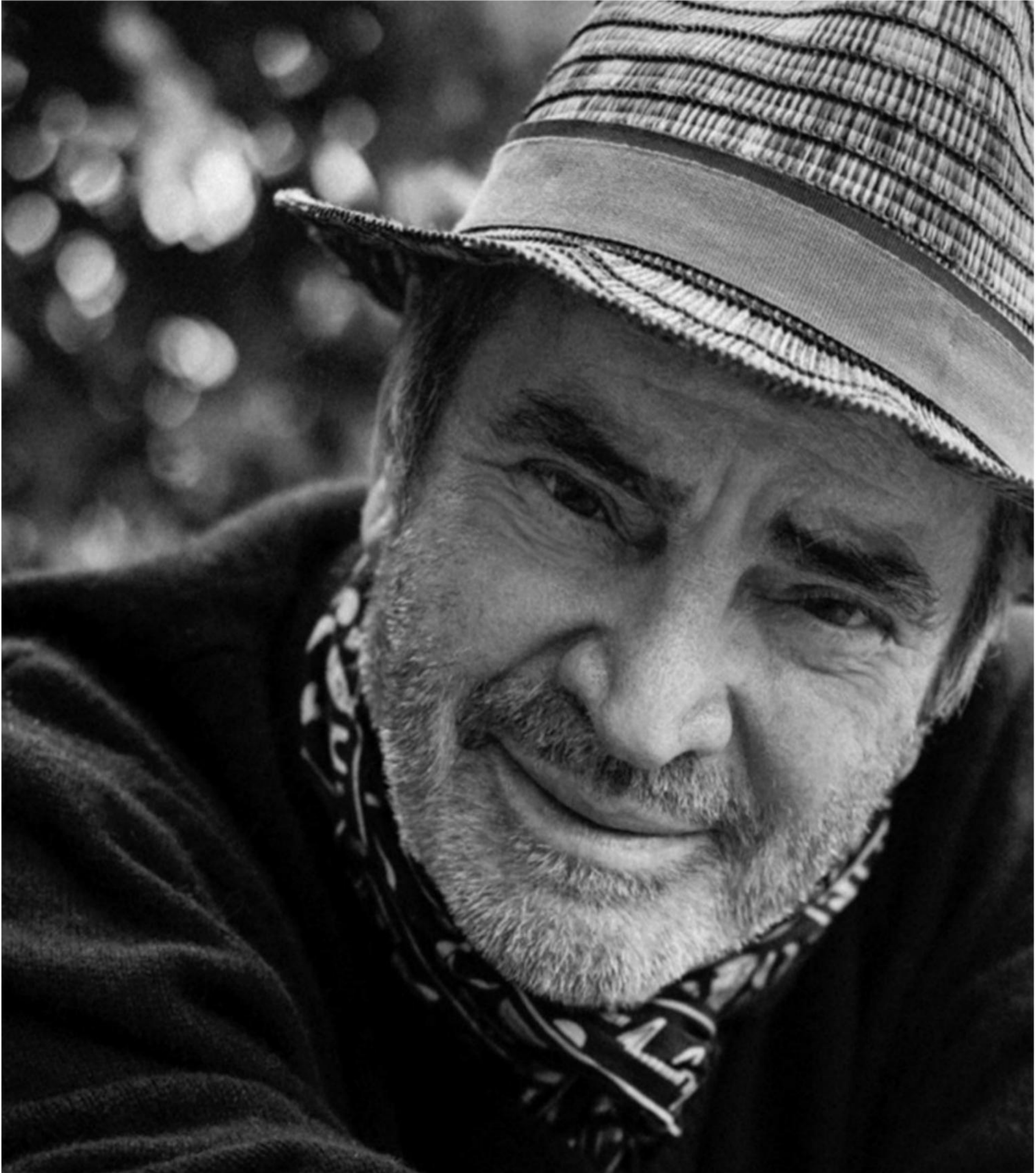
Me detengo, por ejemplo, en un momento de su niñez, cuando, a finales de los cincuenta, aparece el transistor. *“Fue una revolución que cambió por completo la manera de oír música y de difundir la información. Ya no era necesario el caro y voluminoso receptor de radio. Ahora, por un precio módico, se podía acceder a un mundo exterior dirigido desde el poderoso Ministerio de Información franquista, empeñado por lo demás en difundir el andalucismo folklórico como seña de identidad de aquella España una, grande y libre. De pronto la ideología se colaba en las casas, uniformizando el país, y en el cuarto de la plancha se oían los consultorios sentimentales dictando “resignación cristiana” a mujeres maltratadas entre edulcoradas cumbias, rancheras y la llamada canción ligera”*.

Voy pasando las páginas y suenan otras músicas. Se hace presente el torbellino de los años sesenta. *“Las letras de Dylan, de los Byrds o de los Stones nos conectaban con el aire inconformista de los nuevos tiempos y con las inquietudes de otros jóvenes de todo el mundo que, como nosotros, ya no querían vivir en el universo asfixiante de nuestros mayores ni seguir sus normas (...) Los nuevos aires avanzaban rápido y con ellos iban quedando atrás convenciones y prejuicios. Queríamos romper de una vez las cadenas con que los curas y la familia nos intentaban amarrar (...) Aquella explosión musical de los sesenta, y la insólita rebeldía que traía consigo, me ayudó a abrir la mente y a sobrellevar una adolescencia de noticiarios franquistas, ejercicios espirituales y misa diaria. Me marcaron tanto como unos pocos años antes lo hicieron los atlas, los libros de geografía y las películas de aventuras”*.

La Barcelona canalla, las drogas, las detenciones de jóvenes díscolos que ya no acataban las reglas del régimen y vivían al margen, protagonizando una “insumisión pacífica”, a través de festivales de música, de estéticas y

comportamientos nada acordes con las instituciones “bienpensantes”, entran en el libro. Jordi Esteva buscó sus modelos en la cultura contestataria, en ambientes alejados de la corrección, del orden programado. Al escribir sus memorias recobra sus andares y construye un libro lleno de referencias literarias, musicales, cinematográficas, una obra de iniciación que a la vez recorre de manera veloz la historia reciente del país. Y, aunque ello no sea su objetivo, al moverse en los dos planos, el personal y el colectivo; al narrar en primera persona, pero también desde fuera, como observador de toda una época, consigue hacernos entender un poco mejor, desde muy cerca, de qué manera la lucha entre la regresión y el avance marcan la idiosincrasia española y sigue vigente a día de hoy, en un presente donde los nostálgicos del antiguo régimen ya no se ocultan.

Pero sigamos los pasos del protagonista, sus postales. Junio de 1973 es una fecha clave en su trayectoria. Tiene 22 años y por fin, junto a un grupo de amigos, emprende un viaje que lo ha de llevar muy lejos, a la India. *“Era la meta de muchos jóvenes inquietos de la época, que emprendían el viaje utilizando transportes públicos, camionetas Volkswagen o destartalados vehículos todoterreno. Otros viajaban en autobuses de colores, llamados Rainbow o Magic Bus, que salían de Londres, Amsterdam o incluso de la calle Vergara de Barcelona y llegaban hasta Katmandú, la capital de Nepal”*, sigo sus palabras.



En las páginas dedicadas a ese viaje a India, Jordi Esteva se refiere a las muchas conversaciones que propiciaron la elección de un destino mitificado. Relatos sobre las peregrinaciones hippies, las lecturas inspiradoras de autores como Herman Hesse, Alan Watts o Allen Ginsberg, la búsqueda de la espiritualidad y la experiencia con drogas como el hachís o el opio. *“Es difícil verlo con los ojos de hoy. Muchos jóvenes, influenciados por el Mayo del 68 y la cultura underground, buscaban un mundo diferente. En España, además, teníamos el régimen franquista, con su privación de libertades y los valores fascistas que pretendían doblegar a una generación inconformista que ya no estaba dispuesta a acomodarse, como sin remedio hicieron sus*

*progenitores, ni tampoco a abrazar las causas marxistas de sus hermanos mayores”, va analizando.*

Y nos dice que a él lo que le interesaba de verdad era la historia y la antropología de los lugares que iba recorriendo. *“No eran las ideas hippies lo que me impulsaba hacia la India, no buscaba el satori o iluminación, sino la persecución de los sueños de la infancia. Una India idealizada que me hacía soñar desde niño cuando leí “El libro de la selva”, o cuando vi “La tumba india” o “El tigre de Esnapur”...”*

A partir de aquí, de este intenso capítulo, vemos empezar a surgir al gran viajero que habría de ser, al explorador de otras culturas, al guardián de memorias a través de la fotografía, del cine, de la palabra. La memoria y el afán por atraparla, por lograr que sus testigos no desaparezcan del todo, es un tema recurrente en todo el trayecto de Jordi Esteva y le otorga coherencia, del mismo modo que la atracción por la cultura árabe y el apasionado trabajo por hacerla más próxima, por irla despojando de prejuicios.

Toda la obra del autor adquiere significado en esta entrega que la abarca en perspectiva y que reúne todo lo bueno de un libro de memorias, la capacidad de hablar de los rumbos y las transformaciones, de las experiencias y los viajes capaces de cambiar la vida. Mientras voy leyendo no puedo dejar de preguntarme sobre si el anhelo de viajar lejos, de desaparecer, de perderse, está ausente de nuestras sociedades. Tengo la impresión de que la necesidad de descubrir, de arriesgar, está dormida; de que las generaciones más jóvenes, entregadas a la tecnología, prefieren percibir la aventura desde la pantalla de un ordenador que les sirva de parapeto, de refugio. Merece la pena reflexionar sobre ello. Puede que, precisamente por hacernos conscientes de lo mucho que nos hemos dejado en el camino, este libro resulte tan estimulante.

No puedo evitar que, en algunos de sus trechos, me traslade a las crónicas viajeras de Paul Bowles; ni tampoco que me lleve de vuelta al ensayo de Rebecca Solnit, *Guía en el arte de perderse*. Del mismo modo que Bowles, Jordi Esteva aúna en sus memorias acontecimientos vitales y crónicas de viaje, una mezcla cautivadora, sin duda; pero, sobre todo, lo que hace es hablarnos de las muchas veces que se ha perdido para encontrarse, para

extrañarse, para hallar nuevos sentidos, para identificar la dirección a seguir, acorde con los propios deseos, no con los impuestos.

Me he perdido en cavilaciones y he dejado a nuestro protagonista en India, cerca de otros viajeros inquietos como él que ha ido conociendo. A ese viaje le seguirán muchos otros que le depararán hallazgos diversos, deslumbramientos, amistades, desencantos, aventuras dignas de película... Entre ellos adquiere importancia el que emprende a **Egipto** y a su capital, El Cairo, que descubre en una primera etapa con su gran amiga Marta Sentís, una de las protagonistas de esta entrega llena de nombres propios, de compañías, de retratos de personajes tan novelescos como el de Jacinto Esteva, primo del escritor, original cineasta y enigmático aventurero.

En El Cairo se quedará a vivir cinco años, una larga temporada que será esencial en su particular mapa de coordenadas. *“Algunos días me preguntaba qué me retenía en aquella caótica ciudad y me entraban ganas de largarme, pero enseguida la bonhomía de la gente me hacía jurarme a mí mismo que nunca me iría. Los sentimientos de amor y rechazo se sucedían o incluso se solapaban a lo largo del día. Además, nadie sabía quién era yo y tenía la maravillosa oportunidad de reinventar mi vida”*, nos cuenta. Y sigue mirando al pasado: *“En la manera de relacionarse la gente y en los establecimientos anticuados y cafés reencontré la urbanidad y la distinción propia de los tiempos de nuestros abuelos (...) En el ensanche de El Cairo, la elegancia del París de entreguerras no había desaparecido del todo (...) Aquella ciudad, en la que se cambiaba de siglo según el recorrido de la línea de autobús me fascinó...”*

Corrían los años 80. En España el general Tejero asaltaba el Congreso y Jordi Esteva empezaba a ver claro que había encontrado un lugar donde sentirse a gusto. La música constante de Um Kulzum; la cercanía a un interesante grupo de intelectuales egipcios que le abrieron las puertas de una cultura altamente enriquecedora; el aprendizaje del árabe; los trabajos como intérprete; las aventuras amorosas clandestinas, llenaban un tiempo gozoso que se truncó debido a una dramática y rocambolesca detención, acusado de espía, con el consiguiente encarcelamiento, junto a destacados escritores y representantes de la izquierda, y la posterior expulsión del país. Y, en medio, el descubrimiento de los Oasis y de la manera en que quería fotografiarlos, atrapando su lentitud, su magia, los gestos cotidianos de sus habitantes. A su

hermoso libro *Los oasis de Egipto* hemos dedicado otro artículo en un número interior de Lecturas Sumergidas.



Tormenta de arena en el Oasis de Dahla. Fotografía por Jordi Esteva.

*“Era ambicioso, quería acercarme a la **sabiduría de los ancianos**. Me interesaba captar el paso del tiempo. No tanto el cambio rápido que se estaba produciendo. No me interesaba lo contemporáneo “per se” que obsesionaba tanto a mis coetáneos, porque me alejaba de aquel mundo ancestral que se desvanecía y que me había interesado desde niño. Alguien debía de reflejar los cambios, pero también alguien tenía que **capturar los estertores de aquel mundo que desaparecía...**”*, voy pasando las páginas de este libro tan abarcador que ahora nos ocupa.

Cuando entrevisté a Jordi Esteva hace unos años, con motivo de la publicación de **Socotra. La isla de los genios**, un proyecto en el que el relato se acompaña de fotografías y de una película documental, el autor se refería a lo mismo, a la necesidad que desde siempre había tenido de capturar los relatos del ayer, las leyendas en vías de desaparición. *“A mí me interesa mucho la memoria. Me atraen los mundos que desaparecen y me encanta escuchar a los ancianos, las historias tan fabulosas que cuentan, relatos que muchas veces sus hijos no quieren escuchar. Suelen ser los nietos los que se*

*interesan por ellos, pero puede suceder que cuando quieren conocerlos ya es demasiado tarde. Es la memoria, sí, todas esas historias que acabarán desapareciendo, lo que me motiva”*, me comentaba entonces.

Y me hablaba de la pena por no haber hecho más caso a las historias que su padre le contaba sobre la guerra civil y otros acontecimientos. En *El impulso nómada* hay unas páginas muy emotivas sobre ese vacío, al que alude al recordar un viaje que su progenitor realizó a Egipto para visitarlo, con toda su carga emocional. Se trata de un homenaje a la figura paterna, a ese hombre que él hubiera querido más cómplice, más cariñoso, en su niñez, pero que, pese a todo, estuvo siempre muy cerca.

La recuperación de la memoria es, como os decía, una de las indiscutibles señas de identidad de la obra de Esteva, un recorrido donde la historia y las leyendas se entrecruzan y tejen una trama seductora, una trama hilvanada también con los hilos de la escucha, de la aproximación a los otros. Leyendo ahora estas memorias he vuelto a percibir, por momentos, esa habilidad que ya había captado en títulos anteriores para contar a la manera de *Las mil y una noches*, introduciendo relatos, que a él le fascinan con su magia y su poesía, a lo largo de la narración principal, la del propio trayecto. Un trayecto que, por otro lado, se abre al de los otros, introduciendo vivencias de amigos y conocidos que al narrador le tocan especialmente y le ayudan a interpretar los vaivenes del mundo: las guerras, la violencia, las traiciones, también la fuerza de la hospitalidad, de la amistad, de la compañía, del amor.

Esteva traza sendas sensoriales. Los olores, las fragancias, los colores, destacan en su descripción de los entornos. Hay emotividad en su acercamiento a los paisajes, a los monumentos, sobre todo a las gentes, a las que observa y con las que convive, haciendo alarde de una constante curiosidad y empatía. Como buen cosmopolita y amante de otras culturas, no puede dejar de lamentar el autor la situación de desigualdad y ocultamiento de las mujeres en gran parte de los países que recorre; ni la historia injusta de pueblos como el tibetano, el armenio, el palestino, el kurdo, pueblos no reconocidos, maltratados, víctimas de ocupaciones y exterminios.

Son muchas las reflexiones, las lecturas, las rutas que abre *El impulso nómada*, título que define desde un primer momento al autor y que resume

el objetivo de unas memorias que buscan profundizar en el origen de ese impulso capaz de marcar todo un recorrido. Esta obra habla del proceso de aprendizaje en todos los sentidos; de las decisiones que se toman; de los rumbos que se emprenden y también de la importancia del azar en el camino.

Hablaba antes de los viajes capaces de cambiar el rumbo de una vida. Hablaba de esa experiencia de Jordi Esteva en los Oasis de Egipto. En la parte final de sus memorias el escritor insiste en ello, en la manera en que, en ese **lugar remoto y austero**, le cautivaron *“la sencillez y el gran valor que se daba a cosas que en nuestra sociedad de la abundancia pasamos por alto”*. Hay páginas muy hermosas en este trecho de las memorias lleno de conversaciones alrededor del fuego y de interesantes revelaciones. **Siwa** es un escenario mágico en la biografía del viajero. Durante dos meses vivió allí, como en un sueño, *“aislado del mundo exterior en aquel lugar asombroso que parecía impermeable a cualquier influencia externa”*.

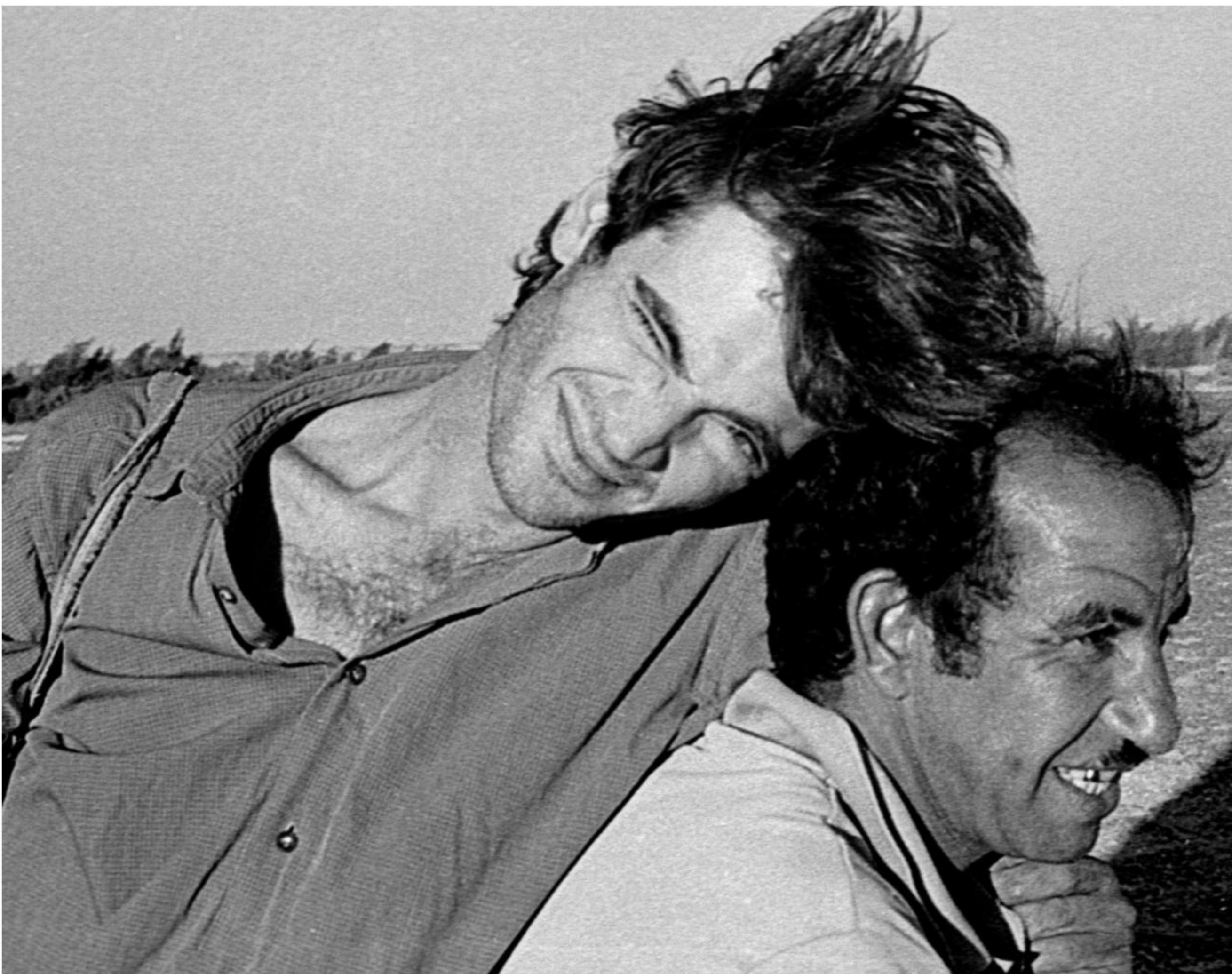
Pero el sueño se hizo añicos poco después, con la descabellada detención ya mencionada, que bien podría dar para una película. En el epílogo de estas memorias Jordi Esteva relata su **vuelta a Barcelona a finales de la década de los 80**; pasa de puntillas por la vibrante etapa en la que, junto a **Pepe Ribas**, trazó el rumbo de la revista **“Ajoblanco”** y confiesa que salió del pozo emocional en el que había caído tras la expulsión de Egipto gracias a la llegada a su vida de **Jordi Tresserras**, su pareja desde entonces, cómplice de libros y documentales en **África, Oriente, Colombia...** No es hasta **finales de los 90** que puede regresar al país donde había descubierto quien quería ser realmente. El motivo: la **presentación de su libro *Los árabes del mar***.

*“Fue un ejercicio de nostalgia. Muchos de los lugares que solía frecuentar ya no existían o habían sido desvirtuados hasta quedar irreconocibles (...) ¡Cómo había cambiado todo!”*, escribe, abriendo un gran interrogante: *“¿Conviene regresar a los lugares donde uno ha sido feliz?”* Una pregunta que se repite más veces en el colofón de *El impulso nómada*; que surge en los encuentros y charlas con los viejos amigos, con los intelectuales que fueron encarcelados junto al autor. *“Es increíble cómo un suceso como el*

*que vivimos pudo resultar tan distinto para cada uno de nosotros”*, comenta Esteva.

En un momento parece convencido de que no, de que no se debe regresar a esos lugares donde se ha sido feliz. Pero, unas páginas más adelante, cuando relata su reencuentro con los Oasis tanto tiempo después, parece ponerlo en duda. Entonces siente haber tenido el privilegio de *“vivir los últimos estertores de un mundo lento y antiguo”*. Observa que muchas cosas se han transformado, que no pocos de sus viejos amigos han desaparecido, pero que a otros, como a **Haj Saleh**, aún puede abrazarlos.

*“Volvía a preguntarme si uno debía regresar a los lugares donde había sido feliz. Seguramente no, pero estaba contento de haber visto a Haj Saleh, por más que ahora fuera una sombra de sí mismo (...) Me doliera o no, había necesitado regresar a los Oasis para romper de una vez el cerco que me ahogaba desde hacía más de tres décadas y conseguir respirar de nuevo”*, confiesa Jordi Esteva. Aquí pongo el punto final, aunque en las últimas páginas de la entrega se narra una **escena casi mágica en un palmeral**, un momento purificador en el que el autor dice sentirse como el protagonista de una de sus fotografías en blanco y negro, un pasaje que otorga alas y da sentido al gran viaje que es este libro.



Haj Saleh y Jordi Esteva en 1983 / Fotografía por Mursi Sultan



*El impulso nómada* ha sido publicado por Galaxia Gutenberg.